

ducido la laxitud de estas sectas. En Sajonia, donde he residido tres años, he sido el primero que ha hecho establecer un hospicio de expósitos y que ha obtenido el que este fuese servido por católicos. Entonces se elevó entre los protestantes un clamor general contra mí: hoy estos protestantes son los primeros que aplauden el establecimiento y lo dotan. El número de católicos se aumenta en la Gran-Bretaña; es verdad que en él se cuentan muchos extranjeros.»

»El papa guardó por un momento silencio, y yo me aproveché de él para entablar la cuestión de los católicos de Irlanda.

—» Si la emancipación se verifica, he dicho, la religión católica se extenderá aun más en la Gran-Bretaña.

—« Es cierto, considerada la cuestión por un lado, ha replicado su santidad; pero por otro tiene también sus inconvenientes. Los católicos irlandeses son muy ardientes y muy poco considerados. O'Connell, aunque hombre de mérito, y no ha llegado hasta decir en uno de sus discursos que se hallaba pendiente un concordato entre la Santa Sede y el gobierno británico? No hay nada de eso, y semejante aserción, que puedo contradecir públicamente, me ha causado mucha pena. Así, para lograr la reunión de los disidentes, es necesario que las cosas estén en punto, y que el mismo Dios acabe su obra. Los papas no pueden hacer más que esperar la manifestación de la voluntad divina.

»No era tal mi opinión, señor conde; pero si me interesaba hacer conocer al rey la del padre santo sobre un asunto tan grave, no me tocaba combatirla.

—» Es la pura verdad, santísimo padre; pero ya veis lo que dice la *Gaceta de Francia*, porque su santidad lee todos los diarios franceses, sin exceptuar ni aun *El Correo*; el soberano pontífice me trata sin embargo con una bondad extremada: debo, pues, creer que la *Gaceta* no le hace mucho efecto.

»El papa se ha reído mencaado la cabeza.

—» Pues bien, santísimo padre; lo mismo que á vuestra santidad, sucede á otros muchos; si el diario dice la verdad, queda en pié: si no la dice, como si nada hubiese dicho. El papa debe esperar oír muchos discursos durante las sesiones del parlamento; la extrema derecha sostendrá que monseñor el cardenal Bernetti no es un sacerdote, y que sus cartas sobre la ordenanza no son artículos de fe, mientras que la extrema izquierda declarará que no había necesidad de tomar órdenes de Roma. Por su parte la mayoría aplaudirá la deferencia del consejo del rey, y alabaré altamente el espíritu de sabiduría y de paz de vuestra santidad.

»Esta breve explicación ha parecido agrandar al padre santo, quien se ha manifestado contento de hallar á alguien instruido del juego de las ruedas de nuestra máquina constitucional.

»En fin, señor conde; pensando que no desagradaría al rey y á su consejo conocer el pensamiento del papa sobre la cuestión actual de Oriente, he repetido algunas noticias de los periódicos, por no estar autorizado para comunicar á la Santa Sede la noticia que me dabais en vuestro despacho del 18 de diciembre sobre el llamamiento de nuestra expedición de la Morea.

»El papa no ha vacilado para responderme, y me ha parecido alarmado de que imprudentemente se haya enseñado la disciplina militar á los turcos. Ved aquí sus propias palabras:

—» Si los turcos son ya capaces de resistir á la Rusia, ¿cuál no será su poder cuando hayan obtenido una paz gloriosa? ¿Quién les impedirá que después de cuatro ó cinco años de descanso y de perfección en su nueva táctica, se lancen sobre la Italia?»

»Os lo confesaré, señor conde; al hallar estas ideas

y estas inquietudes en la cabeza del soberano que me expuesto se halla á sentir la influencia del error cometido, me he felicitado de haberos manifestado más detalladamente en mi *Nota sobre la cuestión de Oriente* las mismas ideas y las mismas inquietudes.

—» Solo una firme resolución de parte de las potencias aliadas, ha añadido el papa, puede evitar las desgracias con que amenaza el porvenir. La Francia y la Inglaterra están aun en tiempo de resolver; pero si se abre una nueva campaña, el fuego puede comunicarse á la Europa, y entonces será demasiado tarde para extinguirlo.

—» Reflexión tanto más justa, he replicado yo, cuanto que si la Europa se dividiese, lo que Dios no quiera, cincuenta mil franceses que penetrasen en Italia lo pondrían todo de nuevo en cuestión.

»El papa no ha respondido; pero me ha parecido que la idea de ver á los franceses en Italia no le inspiraba ningún temor. En todas partes están cansados de la inquisición de la corte de Viena, de sus intrigas de sus usurpaciones continuas y de sus manejos para unir, en una coalición contra la Francia, á los pueblos que detestan el yugo austriaco.

»Tal es, señor conde, el resumen de mi larga conversación con Su Santidad. Yo no sé si alguna vez se han llegado á conocer más á fondo los sentimientos íntimos del papa; si en algún tiempo se ha oído á un príncipe que gobierna el mundo cristiano expresarse con tanta claridad sobre asuntos tan vastos, tan distantes del estrecho círculo de los lugares comunes diplomáticos. Entre el soberano pontífice y yo no había mediador alguno, y era fácil conocer que por su carácter candoroso, y en la cordialidad de una conversación familiar, Leon XII no disimulaba nada.

»Las simpatías del papa hacia la Francia son evidentes: cuando empuñó las llaves de San Pedro pertenecía á la facción de los *Zelanti*: hoy busca su fuerza en la moderación: esto es lo que enseña siempre el ejercicio del poder. Por esta causa no es amado de la facción cardenalicia, á quien ha abandonado. No habiendo hallado ningún hombre de talento en el clero secular, ha elegido sus principales consejeros en el clero regular; por lo que los frailes están á su favor, al paso que los prelados y los simples sacerdotes le hacen cierta oposición. Cuando llegué yo á Roma, estos se hallaban prevenidos por las mentiras de nuestra congregación; hoy son mucho más razonables y todos vituperan la conducta de nuestro clero. Es digno de notarse que los jesuitas tienen aquí tantos enemigos como en Francia: sus principales adversarios son los demás religiosos y los gefes de las órdenes. Los jesuitas habían formado un plan para apoderarse exclusivamente de la instrucción pública en Roma; pero los dominicos frustraron este plan. El papa no es muy popular, porque administra bien. Su reducido ejército se compone de antiguos soldados de Bonaparte, que tienen un aire muy militar, y vigilan muy bien las carreteras. Si Roma ha perdido bajo el aspecto pintoresco, ha ganado en limpieza y salubridad. Su Santidad hace plantar árboles y arrestar á los ermitaños postulantes y á los mendigos, lo que es un nuevo motivo de queja para el populacho. Leon XII es muy trabajador, muy frugal, y duerme poco. De las aficiones de la juventud no conserva más que una, la de la caza; que es además necesaria para su salud, que parece débil, y que ejercita en el vasto recinto de los jardines del Vaticano. Los *Zelanti* no le perdonan esta inocente distracción. Por último, se acusa al papa de debilidad y de inconstancia en sus aficiones.

»El vicio radical de la constitución política de este país es fácil de notar: son los ancianos que nombran por soberano á un anciano como ellos. Este anciano, cuando llega al poder, nombra á su vez cardenales ancianos. Girando en este círculo vicioso, el poder supremo enervado se halla siempre al borde de la

tumba. El príncipe no ocupa jamás el trono el tiempo suficiente para ejecutar los planes de mejora que puede haber concebido. Sería necesario que un papa tuviese bastante resolución para hacer de una vez una gran promoción de cardenales jóvenes, suficiente para asegurar la mayoría á la elección de un pontífice joven. Pero los reglamentos de Sisto V, que solo confieren el capelo á los que han desempeñado cargos en palacio, la fuerza de la costumbre, los intereses del pueblo, que recibe ciertas gratificaciones á cada traslación de la tiara, la ambición individual de los cardenales, que quiere reinados cortos á fin de aumentar las probabilidades de obtener el papado, y otros mil obstáculos largos de referir, se oponen al rejuvenecimiento del Sacro Colegio.

»La conclusión de este despacho, señor conde, es que en la actualidad el rey puede contar enteramente con la corte de Roma.

»Prevenido contra mi manera de ver y de sentir, si de algo tengo que reconvenirme en la relación que he tenido el honor de transmitir, es haber debilitado más bien que exagerado la expresión de las palabras de Su Santidad. Mi memoria es muy fiel: al salir del Vaticano he escrito esta conversación, y mi secretario privado no ha hecho más que copiarla palabra por palabra de la minuta extendida por mí. Trazada esta rapidísimamente por mí, apenas podía leerla yo mismo, y vos no hubierais podido entenderla (1).

»Tengo el honor de ser, etc.»

A Mad. Recamier.

«Roma, martes 15 de enero de 1829.

»A las ocho de la noche de ayer os escribí la carta que os entregará Mr. de Viviers, y al despertar hoy me pongo de nuevo á escribiros por el correo ordinario, que partirá al medio día. Conocéis á las pobres señoras de Saint-Denis; están muy abandonadas desde la llegada de las grandes señoras de la Trinidad-del-Monte; sin ser enemigo de estas, me he puesto de parte de Mad. de Ch... de parte del débil. Hace un mes que las señoras de Saint-Denis querían tener una fiesta para obsequiar al señor *embajador* y á la señora *embajadora*, fiesta que ha tenido lugar ayer. Figuraos un teatro arreglado en una especie de sacristía, que tenía una tribuna sobre la iglesia, y por actores á una docena de niñas de once á catorce años, representando *Los Macabeos*. Ellas mismas habían hecho sus cascos y sus mantos, y declamaban los versos franceses con un tono y un acento italiano lo más extraño del mundo, golpeando el suelo con el pié en los pasos enérgicos. Entre ellas había una sobrina de Pío VII, una hija de Torwaldsen y otra del pintor Chauvin. Las niñas estaban increíblemente lindas con sus adornos de papel. La que representaba al gran sacerdote tenía una gran barba negra que la encantaba, pero que le picaba y la obligaba á arreglársela á cada instante con su blanca manecita de trece años. Todos los espectadores se redujeron á nosotros, algunas madres, las religiosas, Mad. Salvaje, dos ó tres clérigos y unas veinte pensionistas vestidas de blanco con velo. Yo mandé que trajesen el refresco de la embajada. En los entreactos se tocaba el piano. Juzgad las esperanzas y las alegrías que han debido preceder á esta fiesta en el convento, y de los recuerdos que dejará. Ella terminó por el *vivat in aeternum* cantado por tres religiosas en la iglesia.»

A la misma.

«Roma 15 de enero de 1829.

»Otra vez os escribo. Esta noche hemos tenido (1) Poco tiempo después de la fecha de esta carta partió para Italia á restablecerse de una enfermedad Mr. de La Ferronnais, dejando encargado interinamente á Mr. de Portalis el ministerio de Negocios Extranjeros.

viento y lluvia, como en Francia: yo me figuraba que agitaban vuestra ventana, y me creía transportado á vuestra cámara. En ella veía vuestra arpa, vuestro piano, vuestros pájaros. Vos me tocabais vuestro aire favorito ó el de Shakspeare. ¡Y sin embargo, estaba en Roma, lejos de vos! ¡Cuatrocientas leguas, y los Alpes por medio, nos separaban!

»He recibido una carta de aquella dama de talento que iba algunas veces á verme al ministerio. Juzgad de la manera con que me hace la corte esta turca rabiosa. Decididamente Mahamud es un gran hombre, que ha adelantado á su nación.

»Esta Roma, en medio de la cual me hallo, debería enseñarme á despreciar la política. Aquí han sucumbido lo mismo la libertad que la tiranía: ya he visto confundidas las ruinas de la república romana y del imperio de Tiberio. ¿Qué es hoy todo esto más que un mismo polvo? El capuchino que al pasar barre con su hábito este polvo, ¿no parece hacer más perceptible aun la vanidad de tantas vanidades? Sin embargo, yo pienso, á mi pesar, en los destinos de mi pobre patria. Yo quería darle la religión, la gloria y la libertad, sin pensar en mi impotencia para ceñirle esta triple corona.»

A la misma.

«Roma, jueves 15 de febrero de 1829.

»*Torre Vergata* es un asilo de monges, situado á una legua casi del *sepulcro de Neron*, sobre la izquierda, como se viene de Roma, en el sitio más bello y más solitario de las cercanías: en este sitio hay una gran porción de minas á la flor de tierra, aunque cubiertas de yerbas y de cardos. Al dejar de escribiros el martes comencé allí una excavación en compañía de Jacinto y de Visconti, que la dirige. Una docena de hombres, armados de palas y de azadones, desenterrando sepulcros y escombros de casas y de palacios en medio de la más profunda soledad, ofrecían un espectáculo digno de vos. Yo no hacía más que un voto: el de que os halláseis allí. Yo consentiría de buena gana en vivir con vos, bajo una tienda de campaña, en medio de estas ruinas.

»Yo mismo he puesto manos á la obra, y descubierto fragmentos de mármol: los indicios son excelentes, y espero hallar algún objeto que me indemnice del dinero que he perdido en esta lotería de los muertos. Ya tengo un trozo de mármol griego bastante grande para hacer el busto del Poussin. Esta excavación va á ser el término de mis paseos; todos los días voy á sentarme en medio de estas ruinas. ¿A qué siglo y á qué hombres pertenecen? Quizá removemos el polvo más ilustre sin saberlo. Una inscripción vendrá tal vez á ilustrar algún hecho histórico, á destruir algún error, á establecer alguna verdad. Y después, cuando yo parta con mis doce aldeanos medio desnudos, todo volverá al olvido y al silencio. ¿Representan estas ruinas todas las pasiones, todos los intereses que se agitaban en otros tiempos en estos lugares abandonados? Allí había amos y esclavos, felices y desgraciados, bellas personas á quienes se amaba, y ambiciosos que querían ser ministros. Aun quedan allí algunos pájaros y yo; pero por muy poco tiempo, porque bien pronto emprenderemos nuestro vuelo. Decidme, ¿creéis que esto valga la pena de ser uno de los miembros del consejo de un reyuelo de las Galias, yo, bárbaro de la Armórica, viajero entre los salvajes de un mundo desconocido de los romanos, y embajador cerca de los sacerdotes, á quienes se arrojaba á los leones? Cuando llamé á Leonidas en la Lacedemonia, no me respondió: el ruido de mis pasos en *Torre-Vergata* no habrá tampoco despertado á nadie. Y cuando á mi vez me hallo yo en el sepulcro, no oíré siquiera el sonido de vuestra voz. Es necesario, pues, que me apresure á acercarme á vos y

á poner término á todas estas quimeras de la vida de los hombres. No hay en ella de bueno mas que el retiro, ni de verdad mas que un afecto como el vuestro.»

A Mad. Recamier.

«Roma 7 de febrero de 1829.

»He recibido una larga carta del general Guillemínnot, en la que me hace una lamentable relacion de lo que ha sufrido en sus correrías sobre las costas de la Grecia; y sin embargo, Guillemínnot era embajador, y tenia grandes huques y un ejército á sus órdenes. Ir, despues de la partida de nuestros soldados, á un país donde no queda ni una casa ni un campo sembrado, entre algunos hombres errantes y forzados por la miseria á hacerse salteadores, solo es un proyecto posible para una mujer, para Mad. Lenormant.

»Yo iré hoy por la mañana á una excavacion: ayer hemos hallado en ella el esqueleto de un soldado godo y el brazo de una estatua de mujer. Esto era encontrar al destructor con la ruina que habia causado: así es que tenemos una gran esperanza de hallar hoy el cuerpo de la estatua. Si los restos de arquitectura que descubro tienen algun mérito, no los derribaré para venderlos en trozos, como se hace comunmente, sino que los dejaré en pié, y llevarán mi nombre. Son del tiempo de Domiciano. Hemos hallado una inscripcion que nos lo indica. Es la mejor época de las artes romanas.

DESPACHO AL CONDE DE PORTALIS.

Muerte de Leon XII.

«Roma, lunes 9 de febrero de 1829.

»Señor conde: Su Santidad ha sido atacado súbitamente del mal habitual que padece, y su vida se halla en el mayor peligro. Se acaba de dar orden de cerrar todos los espectáculos. En este momento salgo de casa del cardenal secretario de Estado, que tambien se halla enfermo, y que desespera de la vida del papa. La pérdida de este soberano pontífice, tan sabio y tan moderado, seria en tales momentos una verdadera desgracia para la cristiandad, y particularmente para la Francia. He creído, señor conde, que interesaría mucho al gobierno del rey estar advertido de este acontecimiento probable, á fin de que pueda tomar las medidas que juzgue necesarias. En su consecuencia, he despachado para Lion un correo á la ligera. Este correo lleva una carta, que escribo á Mr., el prefecto del Ródano, con un despacho telegráfico que os transmitirá, y otra carta que le ruego os envíe por la estafeta. Si tenemos la desgracia de perder á Su Santidad, un nuevo correo os llevará hasta Paris todos los detalles de este acontecimiento.

»Tengo el honor, etc.»

«A las ocho de la noche.

»La congregacion de cardenales, ya reunida, ha prohibido al cardenal secretario de Estado dar licencias para correr la posta. El correo que habia dispuesto enviarnos no podrá, pues, salir hasta despues de la partida del correo del Sagrado Colegio, en el caso de que se verifique la muerte del papa. He intentado enviar un hombre con mis despachos á la frontera de la Toscana; pero el mal estado de los caminos y la falta de caballos de alquiler han hecho impracticable este intento. Forzado á esperar en Roma, que se ha convertido en una especie de prision murada, confío en que, por medio del telégrafo, os llegará al menos la noticia antes que sea conocida de los demás gobier-

nos del otro lado de los Alpes. Tambien podria suceder que el correo enviado al nuncio, y que probablemente habrá partido antes que el mio, os diese él mismo la noticia por el telégrafo, á su paso por Lion.»

«Martes 10 de febrero á las nueve de la mañana.

»El papa acaba de espirar. En este momento despacho el correo. Dentro de algunas horas le seguirá el conde de Montebello, agregado á esta embajada.»

DESPACHO AL CONDE DE PORTALIS.

«Señor conde: Hace cerca de dos horas que he despachado á Lion un correo extraordinario á la ligera que os transmitirá la imprevista y deplorable noticia de la muerte de Su Santidad. Ahora hago partir al conde de Montebello, agregado á esta embajada, para llevaros algunos detalles necesarios.

»El papa ha muerto de resultados de un ataque de la afeccion hemorroidal que padecía. La sangre, agolpada á la vejiga, ocasionó una retencion que se intentó aliviar por medio de la sonda. Se cree que Su Santidad ha sido herido en esta operacion. Como quiera que sea, despues de cuatro días de sufrimientos, Leon XII ha espirado esta mañana á las nueve, al llegar yo al Vaticano, donde un agente de la embajada habia pasado la noche. La carta que os he dirigido por mi primer correo os informará, señor conde, de la inutilidad de mis esfuerzos para obtener licencias de posta antes de la muerte del papa.

»Ayer volví á casa del cardenal secretario de Estado, que sufre aun mucho de un violento ataque de gota, y tuve con él una larga conferencia sobre las consecuencias de la desgracia de que nos hallábamos amenazados. Yo deploro la pérdida de un príncipe, cuya moderacion de sentimientos, y cuyo conocimiento de la situacion de la Europa, eran tan útiles al reposo de la cristiandad.—«Esta pérdida, me respondió el secretario de Estado, será, no solo una gran desgracia para la Francia, sino tambien una desgracia para los Estados Romanos, mayor de lo que os figuráis. El descontento y la miseria son grandes en nuestras provincias, y por poco que los cardenales crean de su deber separarse del sistema de Leon XII, dificilmente saldrán adelante. Por lo que á mí hace, mis funciones cesan con la muerte del papa, y no tengo nada de qué arrepentirme.»

»Esta mañana he vuelto á ver al cardenal Bernetti, quien en efecto ha cesado en sus funciones de secretario de Estado, y me ha hablado en el mismo sentido que el día antes. Hemos convenido en hablar sobre la eleccion de un soberano pontífice que pudiese continuar el sistema de moderacion de Leon XII. Tendré el honor de transmitir todos los informes que reciba.

»Es probable que la muerte del papa y la caida del cardenal Bernetti reanimen á los enemigos de las ordenanzas. Sin duda que proclamarán este desgraciado acontecimiento como un castigo del cielo. Ya es fácil en Roma leer este pensamiento en algunos rostros franceses.

»Yo debo sentir doblemente la muerte del papa. Habia tenido la suerte de merecer su confianza. Las prevenciones que contra mí se le inspiraban antes de mi llegada se habian desvanecido completamente en su ánimo, y me dispensaba el honor en todas ocasiones de manifestarme públicamente su estimacion.

»Ahora, señor conde, permitidme entrar en la explicacion de algunos hechos.

»Yo era ministro de Negocios Extranjeros cuando murió Pio VII. En el archivo reservado del ministerio hallareis mi correspondencia con el duque de

Laval, si juzgais conveniente enteraros de ella. A la muerte de un papa es costumbre enviar un embajador extraordinario, ó acreditar al embajador residente con nuevas credenciales cerca del Sagrado Colegio. Este último partido fue el que yo propuse seguir al difunto Luis XVIII. El rey, sin embargo, dispondrá lo que crea mas conveniente á su servicio. Para la eleccion de Leon XII vinieron á Roma cuatro cardenales franceses. La Francia tiene hoy cinco cardenales, número de votos que no es de desdenar ciertamente en el cónclave. Espero, señor conde, las órdenes del rey: Mr. de Montebello, encargado de entregaros este despacho, quedará á vuestra disposicion.

»Tengo el honor etc.»

A Mad. Recamier.

«Roma 10 de febrero de 1829, á las once de la noche.

»Quería escribiros una larga carta; pero el despacho que me he visto obligado á escribir de mi pino y la fatiga de estos días me tienen rendido.

»Siento mucho la muerte del papa. Yo habia logrado obtener su confianza. Vedme aquí encargado de una grande mision. Me es imposible saber cuál será su resultado, y la influencia que ella ejercerá en mi suerte.

»Los cónclaves duran por lo regular dos meses, y hasta Pascua probablemente no quedará libre. Muy pronto os hablaré extensamente de todo esto.

»Imaginaos que el jueves último, antes de caer enfermo, se halló al pobre papa escribiendo su epitafio. Se intentó apartarle de tan tristes ideas.—«Es en vano, dijo, dentro de pocos días todo habrá acabado para mí.»

A Mad. Recamier.

«Roma, jueves 12 de febrero de 1829.

»Leo vuestros periódicos, que con frecuencia me causan mucha pena. Veo en *El Globo* que el conde de Portalis es, segun este diario, mi enemigo declarado. ¿Por qué? ¿Piensa acaso que aspiró á su plaza? Se toma una pena inútil, porque ni siquiera pienso en él. Le deseo toda la prosperidad posible; pero, no obstante, si es verdad que desea la guerra, me hallará dispuesto á ella. Me parece que no hace mas que disparates, sobre todo sobre el *inmortal Mahamud* y sobre la evacuacion de la Morea.

»Todas las probabilidades son de que esta evacuacion constituirá de nuevo á la Grecia bajo el yugo de los tureos, con pérdida por nuestra parte del honor y de cincuenta millones. Hay mucha imaginacion en Francia, pero falta cabeza y buen sentido: unas cuantas frases nos seducen, y con buenas palabras se hace de nosotros lo que se quiere y lo que es peor, se nos halla siempre dispuestos á denigrar á nuestros amigos y á ensalzar á nuestros contrarios. Por lo demás ¿no es curioso que se haga hablar al rey en un discurso mi propio lenguaje sobre *la conciliacion de las libertades públicas con los derechos del trono*, y se me hayan hecho tantos cargos por haber usado ese lenguaje? Y los hombres que hacen hablar á la corona de esta suerte eran los mas ardientes partidarios de la censura! Por último, voy á presenciar la eleccion del jefe de la cristiandad. Este espectáculo será el último de los grandes espectáculos á que he asistido durante mi vida (1): con él terminará mi carrera.

»Ahora que han acabado los placeres de Roma, comienzan los negocios. Voy á verme obligado, por un lado á escribir al rey todo lo que pase, por otro á llenar los deberes de mi nueva posicion. Tengo que cumplimentar al Sagrado Colegio y que asistir á los funerales del padre santo, á quien yo profesaba un gran

(1) Me engañaba.—Nota de 1837.

afecto, porque era poco amado; un afecto tanto mas grande, cuanto que habiendo temido hallar en él un enemigo, he hallado un amigo que, desde lo alto de la silla de San Pedro ha dado un mentís formal á mis calumniadores *cristianos*. Despues vendrán los cardenales de Francia. He escrito haciendo algunas reclamaciones, al menos sobre el arzobispo de Tolosa.

»En medio de todo, el monumento del Poussino se ejecuta, y la excavacion adelanta: he hallado en ella muy bellas cabezas, restos de una mujer vestida y una inscripcion fúnebre de un hermano á una hermana, que me ha enternecido.

»A propósito de inscripcion: os he dicho que el pobre papa habia hecho la suya la víspera del día en que cayó enfermo, presintiendo que iba á morir muy pronto. Ha dejado un asiento, en que recomienda al gobierno romano á su familia indigente. Solo los que han amado mucho tienen semejantes virtudes.»

CONTINUACION DE LA EMBAJADA EN ROMA.

Antes de pasar á las cosas importantes, recordaré algunos hechos.

A la muerte del soberano pontífice, el gobierno de los Estados Romanos recae en manos de los tres gefes de la órden, diácono, sacerdote y obispo, y en las del cardenal camerlengo. Es costumbre que los embajadores vayan á cumplimentar á la congregacion de cardenales, reunidos antes de la apertura del cónclave en San Pedro.

El cuerpo de Su Santidad, expuesto desde luego en la capilla Sistina, fue llevado al viernes último, 13 de febrero, á la capilla del Santísimo Sacramento en San Pedro, donde ha permanecido hasta el domingo 15. Entonces ha sido colocado en el monumento que ocupaban las cenizas de Pio VII, y se han bajado estas á la bóveda subterránea.

A Mad. Recamier.

«Roma 17 de febrero de 1829.

»He visto expuesto el cuerpo de Leon XII, con el rostro descubierto, sobre un lecho mortuorio, en medio de las obras maestras de Miguel Angel. He asistido á la primera ceremonia fúnebre en la iglesia de San Pedro. Algunos comisarios cardenales ancianos, imposibilitados de ver, se aseguraron con sus dedos trémulos de que el féretro del papa se hallaba bien clavado. Entre la luz de cirios y la luz de la luna, el féretro ha sido al fin elevado por una polea y suspendido en las sombras para ser depositado en el sarcófago de Pio VII.

»Acaban de traerme el gatito del pobre papa: es enteramente gris y muy cariñoso, como su antiguo amo.»

DESPACHO AL CONDE DE PORTALIS.

«Roma 17 de febrero de 1829.

»Señor conde: He tenido el honor de participaros en mi primera carta, dirigida á Lion con un despacho telegráfico, y en mi comunicacion núm. 15, las dificultades que he hallado para la expedicion de mis dos correos del 10 de este mes. Estas gentes se creen aun en los tiempos de los Güelfos y de los Gibelinos, como si el conocimiento una hora antes ó despues de la muerte del papa pudiese hacer entrar un ejército imperial en Italia.

»Las exequias del padre santo terminarán el domingo 22 y el 23 por la noche se abrirá el cónclave, despues de haber asistido por la mañana los cardenales á la misa del Espíritu-Santo. Ya se están amueblando las celdas del Quirinal.

»No os hablaré, señor conde, de las miras de la corte de Austria, ni de los deseos de los gabinetes de

Nápoles, de Madrid y de Turin. Mr. el duque de Laval, en la correspondencia que sostuvo conmigo en 1823, retrató el personal del Sacro Colegio, compuestos hoy casi de los mismos cardenales. Puede verse su despacho núm. 5 y el que le es adjunto, así como los números 34, 35, 70 y 82. Hay también en el archivo del ministerio algunas notas recibidas por otro conducto. Estos retratos biográficos, con frecuencia caprichosos, entretienen, pero no prueban nada. Las intrigas de las mujeres, los manejos de los embajadores y el poder de las cortes no son ya bastantes para nombrar papas como en otro tiempo. En su nombramiento no influye hoy el interés general de la sociedad, sino el interés particular de los individuos y de las familias que buscan en la elección del jefe de la Iglesia destinos y dinero.

»Hoy la Santa Sede tendría cosas inmensas que hacer: la reunión de las sectas disidentes, el adelantamiento de la sociedad europea, etc. Un papa, penetrado del espíritu del siglo, que se colocase á la cabeza de las generaciones ilustradas, podría rejuvenecer el papado; pero estas ideas no pueden penetrar en las viejas cabezas de los cardenales. Llegados al término natural de la vida, se transmiten unos á otros un reinado electivo que espira muy pronto con ellos. Sentados sobre las dobles ruinas de Roma, parece que los papas solo son heridos por el poder de la muerte.

»Estos cardenales habían elegido al cardenal Della Genga (Leon XII) despues de la exclusion del cardenal Severoli, porque creían que iba á morir muy pronto; pero habiendo pensado Della Genga en vivir, esto fue bastante para detestarle cordialmente por semejante equivocacion. Además, Leon XII elegía en los conventos administradores de capacidad; otro motivo de murmuracion para los cardenales. Por otra parte, el papa difunto, mostrándose favorable á los frailes, quería regularidad en los monasterios, y por tanto no se le agradecían sus beneficios. Los ermitaños vagabundos á quienes se arrestaba, los hombres del pueblo á quienes solo se permitía beber de pié en las calles á fin de evitar las riñas de las tabernas; las alteraciones poco acertadas hechas en la recaudacion de los impuestos; los abusos cometidos por algunos familiares del padre santo, su muerte misma, ocurrida en una época en que hacia perder á los teatros y á los mercados de Roma las utilidades de las locuras del carnaval; todo se reunió para hacer anatematizar la memoria de un príncipe digno de un profundo sentimiento. De tal suerte, que en Civita-Vecchia se intentó pegar fuego á las casas de dos hombres que se creía habían merecido el favor del papa.

»Para sucederle, entre muchos de los aspirantes se designan particularmente á cuatro: el cardenal Capellari, jefe de la propaganda; el cardenal Paca, el cardenal de Gregorio y el cardenal Giustiniani.

»El cardenal Capellari es un hombre docto y capaz. Dícese que será rechazado por los cardenales por ser demasiado joven, monge, y extraño á los negocios del mundo. Capellari es austriaco, y pasa por obstinado y ardiente en sus opiniones religiosas. Sin embargo, él fue quien, consultado por Leon XII, no vió nada en las ordenanzas del rey que pudiera autorizar la reclamación de nuestros obispos, él fue quien redactó el concordato de la Corte de Roma con los Países-Bajos; él fue también quien opinó por dar la institucion canónica á los obispos de las repúblicas españolas. Todo esto demuestra en él un espíritu razonable, conciliador y moderado. Todos estos detalles los sé por el cardenal Bernetti, con quien tuve el viernes 13 una de las conferencias que os he comunicado en mi despacho núm. 15.

»Conviene mucho al cuerpo diplomático, y particularmente al embajador de Francia, que el secretario de Estado en Roma sea un hombre de relaciones fáciles y habituado á tratar los negocios de la

Europa. El cardenal Bernetti es el ministro que nos conviene bajo todos aspectos; se ha comprometido por nosotros con los *Zelanti* y los congregacionistas, y debemos desear que sea vuelto á llamar á los negocios por el papa futuro. Yo le he preguntado con cuál de los cuatro cardenales tendría mas probabilidades de volver al poder, y me ha respondido:—«Con Capellari.»

»Los cardenales Pacca y de Gregorio están retratados de una manera fiel en el adjunto al núm. 5.º de la correspondencia ya citada; pero el cardenal Pacca se halla hoy muy debilitado por la edad, y su memoria, como la del cardenal mas antiguo, La Somaglia, comienza á faltarle enteramente.

»El cardenal de Gregorio sería también un buen papa. Aunque pertenece á los *Zelanti*, no carece de moderacion, y rechaza á los jesuitas, que aquí, como en Francia, tienen adversarios y enemigos. Aunque súbdito napolitano, el cardenal de Gregorio es rechazado por la corte de Nápoles, y aun mas por el cardenal Albani, el ejecutor en el cónclave de las justicias del Austria. El cardenal es legado en Bolonia: tiene mas de ochenta años, y está enfermo; hay, pues, algunas probabilidades de que no venga á Roma.

»En fin, el cardenal Giustiniani es el cardenal de la nobleza romana; el cardenal Odescalchi es sobrino suyo, y obtendrá probablemente un número considerable de votos. Pero por otro lado es pobre, y tiene parientes pobres; Roma temería las necesidades de esta indigencia.

»Sabeis, señor conde, todo el mal que el nuncio Giustiniani ha hecho en España, y yo lo sé mejor que nadie por las dificultades que me ha suscitado despues de la libertad del rey Fernando. En el obispado de Imola, que el cardenal gobierna en la actualidad, no ha sido mas moderado; ha resucitado en él los reglamentos de San Luis contra los blasfemos. No es el papa que conviene á nuestra época. Además es un hombre bastante sabio; pero mas propio para los trabajos de gabinete que para la direccion de los negocios. No le creo influido por el Austria.

»Despues de todo, la prevision humana se engaña muchas veces. El hombre cambia al llegar al poder. El cardenal Della Genga, *Zelanti*, ha sido el papa conciliador Leon XII. Quizá se levantará en medio de los cuatro competidores un papa en quien nadie piensa en este momento. Los cardenales Castiglioni, Benvenuti, Galeffi, Arezzo, Gamberini y hasta el anciano y venerable decano del Sacro Colegio, La Somaglia, á pesar de su decrepitud, ó mas bien á causa de ella, aspiran á la silla pontificia. El último tiene alguna esperanza, porque siendo obispo y príncipe de Ostia, su elevacion produciría un movimiento que dejaría cinco altos puestos vacantes.

»Se supone que el combate será muy largo ó muy corto. No habrá combate de sistema como cuando la muerte de Pio VII. Los *conclavistas* y los *anticonclavistas* han desaparecido enteramente, y esto puede facilitar mucho la elección. Pero si no hay combate de sistema, habrá luchas personales entre los pretendientes que reunan un cierto número de votos, y como solo se necesita una tercera parte, mas uno, de los votos del cónclave para pronunciar la *exclusiva*, que no debe confundirse con el derecho de exclusion, el escrutinio entre los candidatos podrá prolongarse.

»¿Quiere la Francia ejercer el derecho de *exclusion* que comparte con el Austria y la España? El Austria lo ha ejercido en el cónclave anterior, contra Severoli, por medio del cardenal Albani. ¿Contra quién querría la corona de Francia ejercer este derecho? ¿Contra el cardenal Fesch, si por acaso se pensase en él, ó contra el cardenal Giustiniani? ¿Merecería este la pena de dirigir contra él este *veto*,

un poco odioso siempre, por cuanto dificulta la independencia de la elección?

»¿A qué cardenal quiere el gobierno del rey confiar el ejercicio de su derecho de exclusion? ¿Quiere que el embajador de Francia aparezca armado con el secreto de su gobierno, y dispuesto á atacar la elección del cónclave si desagradase á Carlos X? En fin, ¿tiene el gobierno alguna elección predilecta? ¿Quiere prestar su apoyo á tal ó cual cardenal? Ciertamente que si todos los cardenales de familia; es decir, los cardenales españoles, napolitanos y aun piemonteses, quisiesen unir sus votos á los de los cardenales franceses, nosotros obtendríamos el triunfo en el cónclave; pero estas reuniones son quimeras, pues los cardenales de las diversas cortes, mas bien que nuestros amigos, son nuestros enemigos.

»Se asegura que el primado de Hungría y el arzobispo de Milan vendrán al cónclave. El embajador de Austria en Roma, el conde Lulzow, manifiesta muy buenas disposiciones acerca del carácter conciliador que debe tener el futuro papa. Esperemos las instrucciones de Viena.

»Por lo demás, yo estoy persuadido de que todos los embajadores de la tierra no influyen hoy nada en la elección del soberano pontífice, y de que somos enteramente inútiles en Roma. Yo no veo tampoco ningun interés en acelerar ó retardar (lo que por otra parte no está en el poder de nadie) las operaciones del cónclave. Que los cardenales extraños á la Italia asistan ó no asistan á este cónclave, puede convenir mas ó menos á la dignidad de sus cortes; pero no tiene el menor interés en el resultado de la elección. Si hubiese algunos millones que distribuir, aun se podría hacer un papa á gusto de una nacion: yo no veo hoy mas que este medio; pero no es de uso en Francia.

»En mis instrucciones confidenciales á Mr. el duque de Laval (13 de setiembre de 1823), yo le decía: «Pedimos que se eleve al trono pontificio un prelado distinguido por su piedad y sus virtudes. Solo deseamos que sea bastante ilustrado y de un espíritu bastante conciliador para que pueda juzgar razonablemente la posicion política de los gobiernos, y no los envuelva en dificultades irresolubles, tan funestas para la Iglesia como para el trono. Queremos un miembro del partido italiano *Zelanti* moderado, que sea bien recibido por todos los partidos. Todo lo que le pedimos, en nuestro interés, es que no trate de aprovecharse de las divisiones que pueden formarse en nuestro clero para desconcertar nuestros asuntos eclesiásticos.»

»En otra carta confidencial, escrita con motivo de la enfermedad del nuevo papa Della Genga el 28 de enero de 1824, yo decía también á Mr. el duque de Laval: «Lo que nos importa obtener (imponiendo un nuevo cónclave) es que el papa sea por inclinacion independiente de las demás potencias, que tenga principios de sabiduría y moderacion, y que sea amigo de la Francia.»

»Como embajador, señor conde, ¿debo hoy seguir el espíritu de estas instrucciones que daba yo como ministro?

»Este despacho contiene todo lo que hay que decir en la cuestion. Ya solo me resta instruir al rey sucintamente de las operaciones del cónclave y de los accidentes que ocurran; ya no se tratará mas que del cómputo de los votos y de la variacion de los sufragios.

»Los cardenales favorables á los jesuitas, son: Giustiniani, Odescalchi, Pedicini, y Bertazzoli.

»Los cardenales opuestos á los jesuitas por diversas causas y diferentes circunstancias, son: Zurla, de Gregorio, Bernetti, Capellari y Micara.

»Se cree que de cincuenta y ocho cardenales solo asistirán al cónclave cuarenta y ocho ó cuarenta y

nueve. En este caso, treinta y tres ó treinta y cuatro votos harían la elección.

»El ministro de España, señor de Labrador, hombre reservado y oscuro, á quien yo creo ligero bajo su exterior de gravedad, se halla muy embarazado de su posicion. Las instrucciones de su corte no han previsto nada: en tal sentido ha escrito al encargado de negocios de S. M. C. en Luca.

»Tengo el honor etc.

»P. D. El cardenal Benvenuti tiene asegurados doce votos, segun se dice. Esta elección, si llegara á obtenerse, sería muy buena. Benvenuti conoce la Europa, y ha demostrado capacidad y moderacion en diversos empleos.»

CÓNCLAVES.

Pues que el cónclave va á abrirse, quiero trazar rápidamente la historia de esta gran ley electoral que cuenta ya mas de mil ochocientos años de duracion. ¿De dónde provienen los papas? ¿Cómo han sido elegidos de siglo en siglo?

Hacia el tiempo de Augusto, en el momento en que la libertad, la igualdad y la república acababan de espirar, nacia en Belen el tribuno universal de los pueblos, el gran representante sobre la tierra de la igualdad, de la libertad y de la república, el Cristo que despues de haber plantado la cruz para servir de limite á dos mundos, despues de haberse hecho clavar en esta cruz, y de morir en ella, simbolo, víctima y redentor de los sufrimientos humanos, trasmirió su poder á su primer apóstol. La sociedad desde Adam hasta Jesucristo es la sociedad con esclavos, con la desigualdad de los hombres entre sí; la sociedad, desde Jesucristo hasta nuestros días, es la sociedad con la igualdad de los hombres entre sí, la igualdad social del hombre y de la mujer, la sociedad sin esclavos, ó sin el principio de esclavitud al menos. La historia de la sociedad moderna comienza al pié y por este lado de la cruz.

Pedro, obispo de Roma, inició el papado. Tribunos-dictadores, sucesivamente elegidos por el pueblo, y la mayor parte de las veces escogidos entre las clases mas oscuras del pueblo, los papas debieron su poder temporal al régimen democrático, á la nueva sociedad de hermanos que habia venido á fundar Jesús de Nazareth, obrero, fabricante de yugos y arados, nacido de una mujer segun la carne, y sin embargo, Dios é hijo de Dios, como lo prueban sus obras.

Los papas recibieron la mision de vindicar y mantener los derechos del hombre; gefes de la opinion humana, aunque débiles, obtuvieron la fuerza de destronar á los reyes con una palabra y con una idea. Todos sus soldados consistían en un plebeyo, con la cabeza cubierta por una capucha, y armada la mano de una cruz. El papado, marchando á la cabeza de la civilizacion, se adelantó hacia el término de la sociedad. Los cristianos de todas las regiones del globo obedecieron á un sacerdote cuyo nombre apenas conocían, porque este sacerdote era la personificacion de una verdad fundamental. El representaba en Europa la independencia política destruida en todas partes; él fue en el mundo gótico el defensor de las libertades populares, llegó á ser, como en el mundo moderno, el restaurador de las ciencias, de las letras y de las artes. El pueblo se alistó en sus milicias bajo el hábito de un fraile mendicante.

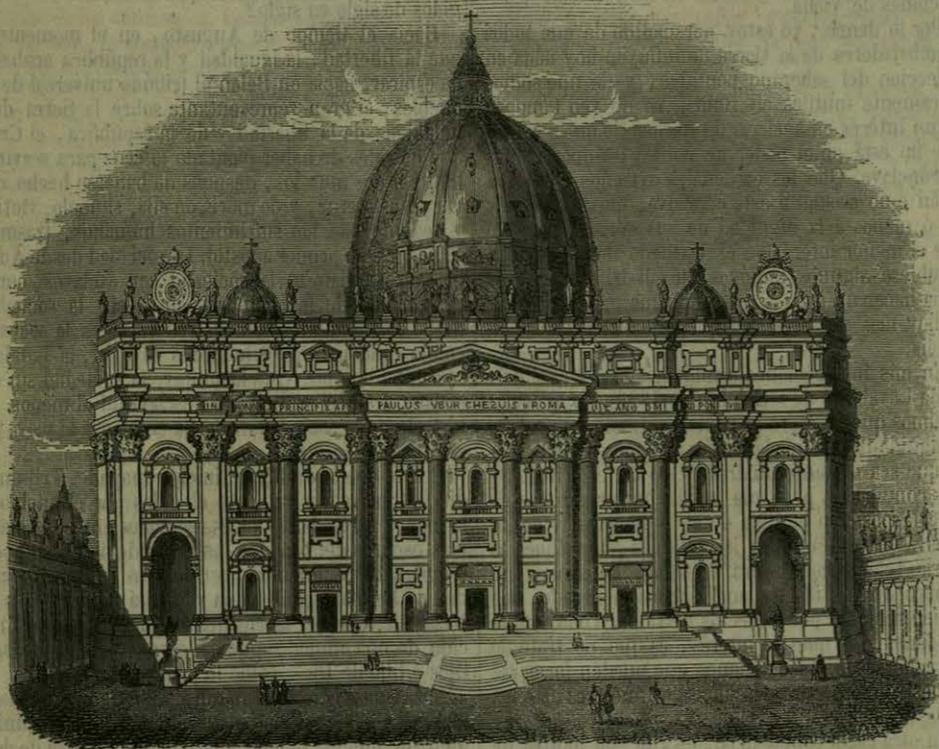
La disputa del imperio y del sacerdocio en la edad media es la lucha de los dos principios sociales; la lucha del poder y de la libertad. Los papas, favoreciendo á los Güelfos, se declaraban por los gobiernos de los pueblos; los emperadores, adoptando á los Gibelinos, tendían al gobierno de los nobles: este era precisamente el papel que habían representado en la Grecia los atenienses y los espartanos. Así, cuando

los papas se declararon en favor de los reyes; cuando se hicieron Gibelinos, perdieron su poder, porque se apartaron de su principio natural, como por una razón opuesta, y sin embargo análoga, los frailes han visto disminuirse su autoridad cuando se ha restituido directamente su libertad política á los pueblos, porque estos no han tenido ya necesidad de ser reemplazados por los frailes, sus representantes.

Estos tronos declarados vacantes, y conferidos al primer ocupante, en la edad media; esos emperadores que venían de rodillas á implorar el perdón de un pontífice; esos reinos puestos en entredicho; una nación entera privada del culto por una palabra má-

gica; esos soberanos anatematizados, y abandonados no solo de sus vasallos, sino también de sus servidores y de sus más próximos parientes; esos príncipes, de quienes se huía como se huía de un leproso, separados de la raza mortal y esperando su separación de la raza eterna; los alimentos que habían gustado, los vestidos que sus manos habían tocado, quemados en las llamas como cosas contagiosas; todo eso no era otra cosa que los esfuerzos de la soberanía popular delegada á la religión y ejercida por ella.

La ley electoral más antigua del mundo es la ley en virtud de la cual el poder pontificio ha sido transmitido al sacerdote que lleva hoy la tiara: de este



LA BASÍLICA DE SAN PEDRO EN ROMA.

sacerdote, subido de papa en papa hasta los santos inmediatos á Cristo, y hallareis que el primer anillo de la cadena pontificia es un Dios. Los obispos eran elegidos por la asamblea general de los fieles: desde los tiempos de Tertuliano el obispo de Roma es llamado el obispo de los obispos. El clero, por formar parte del pueblo, concurría á la elección. Como en todas partes dominan las pasiones; como ellas deterioran las más bellas instituciones y falsean los más virtuosos caracteres, á medida que se aumentó el poder papal, se intentó extenderlo más, y de las rivalidades humanas surgieron grandes desórdenes. En Roma pagana habían estallado semejantes turbulencias en

la elección de los tribunos: de los dos Gracos, el uno fue arrojado al Tíber; el otro muerto á puñaladas por un esclavo en un bosque consagrado á las furias. El nombramiento del papa Dámaso en 336 produjo una riña sangrienta, de resultados de la cual perecieron ciento treinta y siete personas en la Basílica Siciniana, hoy Santa María la Mayor.

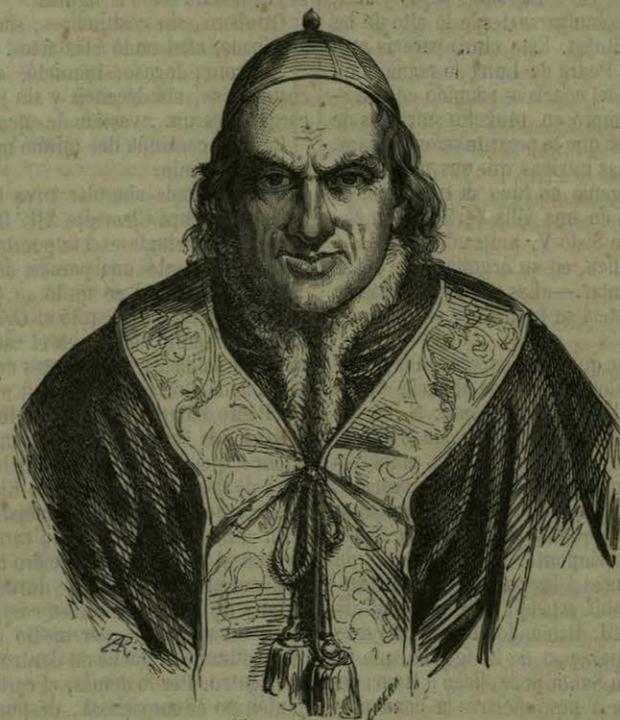
San Gregorio fue elegido papa por el clero, el Senado y el pueblo romano. Todo cristiano podía abtener la tiara. Leon IV fue promovido al soberano pontificado el 12 de abril de 847 para defender á Roma contra los sarracenos, y su ordenación fue diferida hasta que hubiese dado pruebas de su valor. Otro

tanto sucedía á los demás obispos. Simplicio subió á la silla de Bourges siendo lego. Hoy mismo, aunque generalmente se ignora, la elección del cónclave podría recaer en un lego, á pesar de ser casado. En tal caso su mujer entraría en un convento, y él recibiría con el papado todas las órdenes eclesiásticas.

Los emperadores griegos y latinos quisieron oprimir la libertad de la elección papal popular, la usurparon algunas veces, y exigieron otras que esta elección fuese al menos confirmada por ellos. Un decreto de Luis el Bondadoso restituye su libertad primitiva á la elección de los obispos, que se verifica, según un tratado del mismo tiempo, por el consentimiento unánime del clero y del pueblo.

Los inconvenientes de una elección proclamada por las masas populares, ó dictada por los emperadores, obligaron á hacer cambios en la ley. Había en Roma sacerdotes y diáconos llamados cardenales, y el papa Nicolás II, en un concilio celebrado en Roma en 1059, hizo decretar que los cardenales serían los únicos electores del papa, y que el pueblo y el clero ratificarían su elección. Ciento veinte años después el concilio de Letran desterró la formalidad de la ratificación por el clero y por el pueblo, declarando válida la elección hecha por una mayoría de las dos terceras partes de los votos de la asamblea de cardenales.

Pero como el cánón del concilio no fijaba la dura-



PIO VIII.

ción ni la forma de este colegio electoral, sucedió que la discordia se introdujo en los electores, sin que en la nueva modificación de la ley hubiese ningún medio de hacer cesar esta discordia. En 1258, después de la muerte de Clemente IV, los cardenales reunidos en Viterbo no pudieron entenderse, y la Santa Sede quedó vacante por espacio de dos años. El podestá y el pueblo se vieron obligados á encerrar á los cardenales en su palacio, y aun, se dice, á tapiar sus ventanas, para obligar á los electores á convenir en una elección. Del escrutinio salió al fin electo Gregorio X, quien para remediar en lo sucesivo tal inconveniente estableció el cónclave, *Cum Clave (bajo llave)*, y arregló las disposiciones interiores de este cónclave

tales como existen hoy, con corta diferencia: celdas separadas para cada cardenal, cámara común para el escrutinio, y cerradas las ventanas exteriores, desde una de las cuales se proclama la elección, demoliendo la tapia que la cubre. El concilio celebrado en Lion en 1720 confirma y mejora estas disposiciones. Un artículo de este reglamento ha caído sin embargo en desuso: aquel en que se disponía que si después de tres días de encierro no se hubiese hecho la elección del papa, durante los cinco días siguientes los cardenales no tendrían en su comida más que un solo plato, y pasados, solo pan, vino y agua, hasta la elección del soberano pontífice.

Hoy no es limitada la duración del cónclave, ni se

castiga con la dieta á los cardenales como á niños penitenciados. Su comida se la traen de fuera, colocada en bandejas llevadas en angarillas y acompañada de lacayos con librea; y un dapifero sigue el convoy con la espada al lado y arrastrado por caballos acaparazonados en la carroza del cardenal recluso. Cuando la comida llega al cónclave, se registra la pechuga de los pollos, se escudriñan los pasteles, se hacen cascos las naranjas, y se destapan las botellas, por temor de que se oculte algun papa en cualquiera de estas cosas. Si la comida es suntuosa, el pobre hambriento que la ve pasar la compara con la suya, y murmura. Si la comida es miserable, por otra debilidad de la naturaleza, el indigente se burla de ella y desprecia la púrpura romana. Se haría bien en abolir este uso, que no es ya de la época; el cristianismo se ha remontado á su origen, ha vuelto al tiempo de la cena y de los peces, y solo el luto debe presidir hoy tales festines.

Las intrigas del cónclave son célebres; algunas tuvieron á veces consecuencias funestas. Durante el cisma de Occidente, se vió á diferentes papas y antipapas maldecirse y excomulgarse desde lo alto de las murallas ruinosas de Roma. Este cisma parecia próximo á cesar, cuando Pedro de Luna lo reanimó en 1304 por una intriga del cónclave reunido en Avignon. Alejandro VI compró en 1492 los sufragios de veinte y dos cardenales que le prostituyeron la tiara. Sisto V no necesitó mas intrigas que sus muletas, y cuando fue papa, su genio no tuvo ya necesidad de tal apoyo. Yo he visto en una villa de Roma un retrato de la hermana de Sisto V, mujer del pueblo, á quien el terrible pontífice, en su orgullo plebeyo, se complació en hacer pintar.—«Las primeras armas de nuestra casa, decia este á su hermana, son los andrajos (lambels).»

Era aun el tiempo en que algunos soberanos dictaban órdenes al Sacro Colegio. Felipe II hacia entrar al cónclave algunos billetes de este tenor: *S. M. no quiere que N. sea papa; S. M. quiere que lo sea N.* Despues de esta época las intrigas de los cónclaves apenas son otra cosa que agitaciones sin resultados generales. Perron y de Ossat obtuvieron sin embargo la reconciliacion de Enrique IV con la Santa Sede, que fue un gran acontecimiento. Las *embajadas* de Perron son muy inferiores á las *cartas* de Ossat. Antes que ellos, Bellay habia estado á punto de impedir el cisma de Enrique VIII. Habiendo obtenido de este tirano, antes de su separacion de la Iglesia, que se sometiese al juicio de la Santa Sede, llegó á Roma en el momento en que iba á pronunciarse la condenacion de Enrique VIII. Pidió y obtuvo un plazo para enviar un hombre de confianza á Inglaterra; pero á causa de los malos caminos, se retardó la respuesta. Los partidarios de Carlos V hicieron pronunciar la sentencia dos dias antes de la llegada del portador de los poderes de Enrique VIII. El retardo de un correo ha hecho á la Inglaterra protestante y cambiado la faz política de la Europa. Los destinos del mundo no dependen de causas mas poderosas. Una copa demasiado grande vaciada en Babilonia fue causa de la muerte de Alejandro.

Viene en seguida el tiempo de Olimpio, en que el cardenal de Retz, en el cónclave despues de la muerte de Inocencio X, se alistó en el *escuadrón volante*, nombre que se daba á la fraccion de diez cardenales independientes; estos cardenales llevaban consigo á Sachetti, que no era bueno *mas que para pintar*, para hacer pasar á Alejandro VII, *sabio col silencio*, y que una vez nombrado papa se halló no ser gran cosa.

El presidente de Brosse cuenta la muerte de Clemente XII, de que fue testigo, y la eleccion Benito XIV, como yo he visto al pontífice Leon XII, exánime sobre su lecho abandonado; segun costumbre, el

cardenal camarlengo habia dado dos ó tres golpes en la frente con un martillo á Clemente XII, llamándole por su nombre de *Lorenzo Corsini*: «No respondió nada, dice de Brosse;» y añade: *Ved aquí en lo que consiste que vuestra hija esté muda.* Y ved aquí, digo yo, como se trataban en aquellos tiempos las cosas mas graves: un papa muerto, en cuya cabeza se dan golpes como en la puerta del entendimiento, llamando al hombre exánime y mudo por su nombre, podia á mi parecer inspirar á cualquiera que presenciase este acto otra cosa que una burla, aunque esta burla fuese tomada de Moliere. ¿Qué habria dicho el ligero magistrado de Dijon si Clemente XII le hubiese respondido desde las profundidades de la eternidad:—«¿Qué me quieres?»

El presidente de Brosse envia á su amigo el abate Courtois una lista de los cardenales del cónclave, con algunas palabras en su honor.

Guadaqui, santurron, camandulero, sin talento y sin gusto; un pobre fraite.

Aguaviva de Aragon, figura noble y un poco crasa; el talento como la figura.

Ottoboni, sin costumbres, sin crédito, disipador, arruinado, aficionado á las artes.

Alberoni, fogoso, inquieto, desconsiderado, sin costumbres, sin decencia y sin juicio: segun él, un cardenal es un... vestido de encarnado.

La lista continúa del mismo modo: el cinismo es todo su ingenio.

Una bufonada singular tuvo lugar despues de la muerte del papa Clemente XII. De Brosse fué á comer con unos ingleses á la puerta de San Pancracio, y se representó una parodia de la eleccion de un papa; sir Ashewd se quitó su peluca, y figuró al cardenal decano; se cantó el *Oremus*, y el cardenal Alberoni resultó elegido en el escrutinio de esta orgía. Los soldados protestantes del ejército del condestable de Borbon nombraron papa en la iglesia de San Pedro á Martin Lutero. Los ingleses, que son hoy la llaga y la Providencia de Roma, respetan el culto católico que les ha permitido levantar un púlpito fuera de la puerta del Pópulo. El gobierno y las costumbres no sufrirían hoy semejante escándalo.

En el momento en que un cardenal queda prisionero en el cónclave, lo primero que hace es ponerse él y sus criados á horadar durante la oscuridad las paredes de su celda, recién compuestas, hasta que hacen un agujerito, por medio del cual se dirigen avisos durante la noche de dentro á fuera y de á fuera á dentro. Por lo demás, el cardenal de Retz, cuya opinion no es sospechosa, despues de haber hablado de las miserias del cónclave de que formó parte, termina su relacion con estas bellas palabras:

«Se vivió allí (en el cónclave) siempre en comun, con el mismo respeto y la misma cortesía que se guarda en los gabinetes de los reyes; con la misma política que se usaba en la corte de Enrique III; con la misma familiaridad que se ve en los colegios; con la misma modestia que se nota en los noviciados, y con la misma caridad, en apariencia al menos, que podria haber entre dos hermanos perfectamente unidos.»

Al acabar el epitome de una inmensa historia, me sorprende la manera grave con que comienza y la manera casi burlesca con que termina; la grandeza del hijo de Dios abre la escena, y achicándose por grados á medida que la religion católica se separa de su origen, termina en la pequeñez del hijo de Adán. La elevacion primitiva de la cruz apenas se halla mas que en la muerte del soberano pontífice, ese papa, sin familia, sin amigos, y cuyo cadáver se deja sobre su cama, demuestra que el hombre no era tenido en nada en la capital del mundo evangélico. Como prin-

cipe temporal, se hacen al papa difunto honores fúnebres; como hombre, se abandona su cuerpo y se echa á la puerta de la iglesia en que en otro tiempo hacia penitencia el pecador.

DESPACHO AL CONDE DE PORTALIS.

«Roma 17 de febrero de 1829.

«Señor conde: Ignoro si el rey tendrá á bien enviar un embajador extraordinario á Roma, ó acreditarme cerca del Sacro Colegio. Para este último caso, tengo el honor de decirlo que yo libré á monseñor el duque de Laval, en 1823, para los gastos extraordinarios del servicio en semejante circunstancia, una suma de cuarenta á cincuenta mil francos próximamente, si mal no recuerdo. El conde de Apponi, embajador de Austria, recibió desde luego de su corte una suma de treinta y ocho mil francos para las primeras atenciones, y un aumento de siete mil doscientos francos por mes sobre su sueldo durante la permanencia del cónclave, y para gastos de regalos, cancelleria, etc., cien mil francos. Yo no tengo, señor conde, la pretension de luchar en magnificencia con el embajador de Austria, como lo hizo el duque de Laval; yo no alquilaré ni caballos, ni carruajes, ni libreas para deslumbrar al populacho de Roma: el rey de Francia es bastante poderoso para pagar la pompa de sus embajadores, si se quiere que la haya; pero la magnificencia prestada es verdadera miseria. Yo iré, pues, modestamente al cónclave con mis dependientes y carruajes ordinarios. Queda solo por saber si S. M. creará que, interin dure el cónclave, me verá obligado á hacer gastos de representacion á que no pueda bastar mi sueldo. Yo no pido nada; no hago mas que someter una cuestion á vuestro juicio y á la decision real.

«Tengo el honor, etc.»

DESPACHO AL CONDE DE PORTALIS.

«Roma 19 de febrero de 1829.

«Señor conde: He tenido el honor de ser presentado ayer al Sacro Colegio, y pronunciar el pequeño discurso de que os envié copia anticipadamente en mi despacho núm. 17, expedido el martes 17 del corriente por un correo extraordinario. He sido escuchado con muestras de satisfaccion del mejor agüero, y el cardenal decano, el venerable Della Somaglia, me contestó en los términos mas afectuosos para el rey y para la Francia.

«Habiéndome enviado todo en mi último despacho, nada nuevo tengo que decirlo hoy, sino que el cardenal Bussi ha llegado ayer á Benevento: hoy se aguarda á los cardenales Albani, Macchi y Opizoni.

«Los miembros del Sacro Colegio se encerraron en el palacio Quirinal en la tarde del lunes 23 del corriente. En seguida trascurrirán diez dias para aguardar á los cardenales extranjeros, despues de lo cual principiarán las operaciones formales del cónclave, y si llegaran á ponerse de acuerdo, podria quedar elegido el papa en la primera semana de cuaremas.

«Aguardo, señor conde, las órdenes del rey. Supongo que me habeis enviado un correo despues de la llegada de Mr. de Montebello á París. Urge que yo reciba, ó el anuncio de un embajador extraordinario, ó mis nuevas credenciales, con las instrucciones del gobierno.

«¿Vendrán los cinco cardenales franceses? Políticamente hablando, su presencia aquí es muy poco necesaria. He escrito al cardenal monseñor de Latil

ofreciéndole mis servicios en el caso de que se decidiese á venir.

«Tengo el honor, etc.

«P. D. Adjunta remito copia de una carta que me ha escrito el conde de Funchal. No he contestado por escrito á dicho embajador, y únicamente he ido á conferenciar con él.»

A Mad. Recamier.

«Roma lunes 25 de febrero de 1829.

«Ayer han terminado les exequias del papa. La pirámide de papel y los cuatro candelabros eran bastante bellos porque eran de inmensas proporciones y llegaban á la cornisa de la iglesia. El último *Dies iræ* fue admirable. Es composicion de un hombre desconocido que pertenece á la capilla del papa y que me parece tener un genio de especie diferente al de Rossini. Hoy pasamos de la tristeza á la alegría, cantando el *Veni creator* para la apertura del cónclave; luego iremos á ver todas las tardes si se han quemado los escrutinios y si sale humo de cierta estufa: el dia en que no salga humo será nombrado el papa, é iré á buscaros: ahí teneis toda la esencia de mi asunto. El discurso del rey de Inglaterra es muy insolente para la Francia: ¿Qué deplorable expedicion ha sido la de Moreau! ¿Se principia ya á conocerlo? El general Guilleminot me ha escrito una carta sobre el particular que me ha hecho reir: no ha podido escribirme de esa manera sino en la persuasion de que voy á ser ministro.»

«25 de febrero.

«La muerte reina aquí: Torlonia marchó ayer tarde, despues de dos dias de enfermedad: le he visto muy harnizado sobre su lecho mortuorio, con la espada al lado. Prestaba sobre prendas, ¡pero qué prendas! sobre antigüedades, sobre cuadros encerrados confusamente en un antiguo palacio lleno de polvo. No es ese el almacen donde el avaro guardaba un *laud de Bologna* previsto de todas sus cuerdas ó poco menos, la piel de un lagarto de tres piés y su cama de cuatro piés con bandas de punto de Hungria.

«No se ven mas que difuntos á quienes pasean vestidos por las calles: regularmente pasa uno por bajo de mis ventanas, cuando nos ponemos á comer á la mesa. Por lo demás, todo anuncia la separacion de la primavera: la gente principia á dispersarse; marchando á Nápoles, de donde volverá por un momento para Semana Santa, se separará despues para siempre. El año próximo vendrán otros viajeros, otros semblantes, otra sociedad. Hay algo de triste en ese paso sobre ruinas: los romanos son como los escombros de su ciudad: el mundo pasa á sus piés. Me estoy figurando á esas personas volviendo al seno de sus familias, en los diferentes paises de Europa, á esas jóvenes *misses* regresando entre sus nieblas. Si por casualidad dentro de treinta años alguna de ellas vuelve á Italia, ¿quién se acordará de haberla visto en los palacios, cuyos dueños ya no existirán? San Pedro y el Coliseo; eso es cuanto ella misma podria reconocer.»

DESPACHO AL CONDE DE PORTALIS.

«Roma 5 de marzo de 1829.

«Señor conde: Habiendo llegado mi primer correo á Lion el 14 del mes pasado á las nueve de la noche, habeis podido saber el 15 por la mañana por el telégrafo la muerte del papa. Nos hallamos hoy á 3 de marzo, y me encuentro aun sin instrucciones y sin respuesta oficial. Los diarios han anunciado la marcha de dos ó tres cardenales. Tengo escrito á